

ESTEBAN VALENTINO

**TODOS LOS
SOLES
MIENTEN**





www.loqueleo.santillana.com

© 1999, ESTEBAN VALENTINO
© 1999, 2009, 2011, 2014, EDICIONES SANTILLANA S.A.
© De esta edición:
2015, EDICIONES SANTILLANA S.A.
Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-950-46-4393-7
Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Primera edición: octubre de 2015.

Coordinación de Literatura Infantil y Juvenil: MARÍA FERNANDA MAQUIEIRA
Cubierta: EVA LUCÍA DOMÍNGUEZ

Dirección de Arte: JOSÉ CRESPO Y ROSA MARÍN
Proyecto gráfico: MARISOL DEL BURGO, RUBÉN CHUMILLAS Y JULIA ORTEGA

Valentino, Esteban
Todos los soles mienten / Esteban Valentino. - 1a ed. . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Santillana, 2015.
160 p. ; 22 x 14 cm. - (Roja. Narrativa contemporánea)

ISBN 978-950-46-4393-7

1. Literatura Infantil y Juvenil. I. Título.
CDD 863.9282

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma, ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ESTA PRIMERA EDICIÓN DE 4.000 EJEMPLARES SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN EL MES DE OCTUBRE DE 2015, EN ENCUADERNACIÓN ARÁOZ S.R.L., AV. SAN MARTÍN 1265, (1704) RAMOS MEJÍA, REPÚBLICA ARGENTINA.

TODOS LOS SOLES MIENTEN

ESTEBAN VALENTINO

loqueleq

*A mis padres
Martha y Alberto*

*“Hace falta tener un caos dentro de sí
para poder dar a luz una estrella bailadora”.*

*F. Nietzsche
Así hablaba Zaratustra*

Primera Parte

Estamos solos aquí, en este círculo que inventamos con nuestros cuerpos, mirándonos entre nosotros y ya casi ni podemos abrir la boca. Pero estamos. Tal vez esto sea lo mejor que hicimos. Cuando nadie está, cuando nadie quiere jugarle una ficha al porvenir, nosotros somos testarudos y estamos. Dirán que por poco tiempo. Tienen razón. Dirán que inútilmente. También tienen razón. Pero estamos. ¡Y es tan difícil estar en estos días en que todo el mundo desaparece detrás de la muerte! O detrás de la vergüenza, que es lo mismo.

Y ESTOS ERAN NUESTROS SUEÑOS

—*¡E*l Sputnik, el Sputnik! —gritaba Rogelio R como un loco, señalando un punto que según él se movía en el cielo de la noche llena de estrellas.

—*¿Dónde, dónde?* —preguntábamos más por seguirle la corriente a Rogelio R que porque estuviéramos convencidos de que algo se moviera arriba.

—*¡Allá, vean, al lado de aquel quásar, entre el asteroide y la supernova!* —insistía. Además de pesado era medio mentiroso porque quásares en esa época del año no se veían y asteroides jamás se distinguieron. La supernova sí era clarita pero también como para no verla, grandota, luminosa, prepotente. Lo que seguíamos sin ver era el Sputnik. Se lo dijimos.

—*Ese no es el Sputnik.*

—*Entonces es el Voyager* —reculaba Rogelio R con astucia. Claro, si ahora nosotros decíamos que lo veíamos, él nos saldría con que desde allí no se veían las letras y que si era el Voyager bien podía ser el Sputnik y nos quedaríamos sin respuesta. Pero no caímos en la trampa.

—*Tampoco* —le dijimos con toda la frialdad de la que éramos capaces.

—*¡Es la Apolo. Seguro que es la Apolo!* —Rogelio R a veces es fatigoso.

—¿Cuál de todas? —le preguntábamos. Eso lo hacía dudar siempre.

—Y... no sé... la 10. O la 9. ¡Esa, esa! Debe ser la 9.

—¿A esta hora? Vamos Rogelio R. Bueno, chicos, yo me voy a casa, ¿vienen? La Apolo 9... cómo no, sí claro. Y ahora resulta que somos tontos.

Y nos íbamos cada uno por su lado, dejándolo solo a Rogelio R, mirando al cielo, sin poder mostrarnos nunca las pruebas de los viejos satélites que decía ver. Al final pasaba siempre lo mismo. Me llamaba a casa para justificarse.

—Te juro que se movía, allí, al lado de la supernova.

—Era una estrella, Rogelio R. Una estrella común y corriente. Y no se movía.

—Bueno, tal vez vi mal.

—Seguramente, Rogelio R.

—En fin, será hasta mañana.

—Hasta mañana.

Y me iba a dormir, sabiendo que hacía tiempo que los viejos satélites habían sido capturados por las fuerzas gravitatorias de los cuerpos celestes cada vez más numerosos y que hacía rato que habían sido destruidos por las respectivas atmósferas. Pensando en estas cosas tranquilizadoras me quedaba dormido.

En realidad, el primero en descubrir esta especie de manía de Rogelio R por los satélites en desuso fue el propio Rogelio R. Un día, en el fondo de casa, me agarró del brazo, me miró fijo y me dijo:

—¿Sabés qué me está pasando?

—No —le contesté.

—Estoy pensando a cada rato en la chatarra.

Y ESTOS ERAN NUESTROS SUEÑOS

El problema con Rogelio R no tenía que ver con los satélites sino con que nos cortaba un juego que antes nos divertía. Adivinar si un punto que caía en el cielo era una estrella en descomposición que emitía parte de su componente gaseoso al espacio, los restos de un cometa o alguna antigua chatarra mecánica no es cosa fácil. Pero desde que Rogelio R empezó a nombrar con los viejos nombres de satélites a cuanto punto se movía allá arriba, el juego se había ido desvirtuando y ya no nos gustaba.

Por esa época las galaxias más lejanas habían virado decididamente al azul, lo que nos daba la pauta de lo rápido que se estaba comprimiendo el Universo. A este paso no iba a pasar mucho tiempo antes que toda la materia estuviera encerrada en un punto fantásticamente denso, igual que al Principio. Nosotros no éramos ningunos idiotas. Sabíamos que eso significaba que la Tierra había desaparecido muchos millones de años antes.

Pero no teníamos miedo. Incluso, el viraje al azul de esas galaxias nos había servido para muchos juegos. La cosa era adivinar cuál estaba más intensamente azul ese día. El que ganaba se llevaba una porción extra de torta. Marcelo M era un genio en esto. Casi todos los días comía gratis. No habían pasado treinta segundos

desde que habíamos empezado a jugar y ya se oía el grito de Marcelo M.

—¡Allá, a la derecha, aquella en espiral. Está mucho más azul que ayer!

Y era cierto. Teníamos que resignarnos y prepararle entre todos la porción que se había ganado.

Así pasábamos los días. Jugando con las cosas del cielo, comiendo, estudiando. Bah, haciendo las cosas que hacían todos los chicos de nuestra edad. Y sin embargo todos teníamos como un aire de tristeza. Había algo que no nos dejaba ser del todo felices. Podíamos no tener miedo de que la Tierra se estuviera apagando pero eso no nos quitaba la nostalgia de las horas que no tendríamos. Allí estaban las estrellas para jugar, nuestros padres que nos querían, amigos para pasar el rato, buena comida, pero hacía tiempo que habíamos dejado de hablar en futuro. Nunca decíamos “cuando sea grande”. Y ahora que lo pienso, tal vez por eso Rogelio R empezó con ese asunto de los satélites. Puedo estar equivocado pero en una de esas Rogelio R quería ver en los trastos del pasado una posibilidad de mañana.

No sé, yo digo.

Y digo que, por esos días, estos eran nuestros sueños.

ÉL

El asunto más grave que teníamos para resolver era el frío. No solo el Universo se estaba comprimiendo, volviendo a su punto de origen. También el Sol se estaba debilitando rápidamente y en pleno verano, en cualquier parte del planeta, hacía un frío espantoso. Los casquetes polares ocupaban cada vez más terreno y ya no era extraño ver pasar desde las playas una caravana de témpanos rumbo al Ecuador.

El tema tenía que ver fundamentalmente con nosotros, los que éramos chicos o jóvenes, porque estábamos a un paso de convertirnos en la última generación de seres humanos. Bastantes líos teníamos ya con tener que controlar a las ratas, que nos llevaba buena parte del día.

Aprender, por ejemplo. ¿A quién le puede importar perderse sus buenas horas con la composición interna de los agujeros negros si mañana va a servir para maldita la cosa porque no va a haber ni composición interna, ni agujeros negros, ni Tierra, ni Universo, ni nada? Despreciables. Así nos sentíamos. Nadie nos daba bolilla porque sabían que en ese punto nuestras razones eran incontestables. ¿No quieren estudiar? No estudien. Al fin da lo mismo quedar convertido en un cubito